



Vista de San Pedro.—De fotografía.

VIAJE A TERRANOVA ⁽¹⁾

POR EL CONDE A. DE GOBINEAU ⁽²⁾.

1860.

I.

Los bancos de Terranova.—Isla de San Pedro.—Aspecto.—Las casas.—La ensenada.—La nieve en polvo.—La llegada de los pescadores.

... El banco de Terranova no es en manera alguna, como parece indicarlo su nombre una estension de

(1) Terranova, isla de la América del Norte, colonia inglesa, está situada en el Océano Atlántico, entre los 46° 30' y 51° 40' de latitud Norte, y entre 54° 35' y 61° 30' de longitud Oeste. Está colocada á la entrada del golfo de San Lorenzo, y al Este de la costa del Labrador, de la cual se halla separada por el estrecho de Bella Isla. Su superficie es de 57,000 millas inglesas; su forma casi triangular está alterada por un gran número de ensenadas y ancones.

El gran banco de Terranova, situado al Este de la isla, tiene

arena mas ó menos cubierta de agua. Es la plena mar, y los buques flotan sin miedo encima de ella y la cruzan en todas direcciones. Hay un fondo que escede de 30, 40, 80 y mas brazas. Pero alrededor de aquellas profundidades, que casi siempre son iguales á 100 leguas de estension, la sonda no encuentra ya fondo, de lo que se ha deducido, con

unos 500 kilómetros de longitud y unos 300 de ancho. La profundidad del agua es por término medio de 45 metros. La pesca del bacalao empieza en marzo y concluye en setiembre, habiendo disminuido considerablemente en el banco de algunos años á esta parte.

Las islas San Pedro y Miquelon pertenecen á Francia, la cual poseía Terranova antes del tratado de Utrecht (1713). Tiene Francia tambien en la isla mayor varios establecimientos.

(2) Extracto del libro publicado con el mismo título en la librería de L. Hachette y compañía.

razon en mi concepto, que los bancos son vastas mesetas sub-marinas rodeadas de llanuras mas deprimidas aun y mas bajas.

En estas llanuras abundan los abadejos. Cuántas veces el vapor de guerra *el Gassendi*, en que navegábamos, se detuvo para echar la sonda, los aficionados á la pesca echaron al agua enormes cuerdas,

y los desocupados siguieron con el mayor interés sus operaciones, pero no cayó ni un pez en los anzuelos.

El Gassendi sin embargo navegaba contra viento y marea, y á los veinte dias de su salida de Brest, se descubrió en lontananza una especie de niebla mas opaca de lo regular, que solo ocupaba un pequeño



La calle de Paris en San Pedro.—De fotografía.

espacio hácia el Sudoeste. Era la isla de San Pedro, y un poco mas lejos, se vislumbraba Miquelon.

El aspecto no es alegre, ni ofrece atractivo alguno. La tierra que se desenvuelve á la vista es cenicienta y sombría como el mar que la rodea, si bien tiene otro matiz, y por poco que la niebla la vele como en el momento de percibirla *el Gassendi*, no presenta mas que un monton de rocas que se levantan muy poco encima del nivel del mar. Es peligroso acercarse á ella, pues aunque se halle á la lumbre del agua, y la lluvia permita apenas columbrarla durante las tres cuartas partes del año, está rodeada de tantos escollos, que en el momento de atracar á ella se pierden muchos buques. Para conjurar en lo posible este peligro, cada media hora, cuando el tiempo lo exige,

se dispara un cañonazo de aviso para dar á conocer á los buques que se hallan en alta mar la proximidad de la costa.

Cuando habíamos fondeado en la rada, dentro del cabo del Aguila, y frente por frente de la isla de los Perros, el panorama de San Pedro se nos descubrió liberalmente, y nos permitió de una sola ojeada inventariar cuanto de notable ofrece aquella residencia. Delante de nosotros, en el fondo, se desenvolvió un grupo de casas de madera de un solo piso, casi todas ennegrecidas por el tiempo y por las lluvias. Una habitacion que descollaba algo sobre las otras, se asemejaba bastante á la morada de un acomodado labrador de las cercanías de París, exceptuando las esculturas introducidas por el gusto moderno, pero estaba

bien y debidamente guarnecida de inevitables perisianas verdes. Era la morada del comandante de la isla. Mas lejos se descubria el campanario de una iglesia bastante linda, tambien de madera, y frente por frente de la casa del gobernador, llamaba la atención un puertecillo interior, especie de ensenada, donde se refugian las goletas cuando no pueden estar en la rada, como sucede con frecuencia en invierno; y por último vimos una especie de fortin cuyo uso no parece ser otro que el de proporcionar cañones al enemigo que quiera tomarlos. A derecha é izquierda se hallaban como dispersas algunas casas y arenales ó playas artificiales hechas de guijarros en que se seca el bacalao.

En cambio no se veía ni un árbol, y hasta la yerba parecía brotar á pesar suyo. Las alturas, que sin pretension ni jactancia muestran la desnudez de la roca nativa, ofrecen repliegues cubiertos de una especie de vegetación pajiza, seca á la vista, y de un aspecto repugnante.

Cuando se atraviesa la rada y se pone el pie en aquella tierra tan poco deliciosa, se van fortificando mas y mas las primeras impresiones. No se ven mas que piedras, tierra movediza, terrenos hornagueros y pantanosos. En algunos parajes las piernas se enredan en lo que se llama el *bosque*, que no es mas que un conjunto de abetos de la especie mas humilde cuya altura no pasa casi nunca de 2 pies á 2 y medio.

A la sazón era verano; el invierno es aun mas desplorable. La niebla mas espesa y constante no se disipa nunca. Se forman escolleras que interceptan la entrada y salida de la isla, acumulando en todas direcciones enormes témpanos de hielo. Una gran capa de nieve cubre la tierra, y como la humedad domina al mismo frío no obstante ser éste tan riguroso, se vive siempre en medio de los horrores de un deshielo que se detiene á cada instante para volver á empezar de nuevo. San Pedro se halla azotado por una plaga particular de aquellos sitios que merece hagamos de ella una mención honorífica: esta plaga es la *nieve en volvo*.

La nieve en polvo consiste en una especie de esencia de nieve que cae formando remolinos, y es fina y espesa como el polvo. Se introduce por las aberturas mas insignificantes. Basta la hendidura de una puerta, la rendija de una ventana mal cerrada, para que la nieve en polvo se abra paso y penetre en una casa. Si una de las tablas que forman las paredes tiene tan siquiera el agujero de una barrena, por él halla la nieve en polvo medios de deslizarse, y en pocos instantes se acumula en el interior un montón de nieve.

Cuando cae la nieve, el aire es glacial. A dos pasos ya no se ve nada. En pocos instantes los caminos,

cubriéndose de una blanca sábana, desaparecen. La vida del viajero, que anda como ciego, corre gran peligro, no hallándose pronto un refugio. Pocos años hace que un niño de San Pedro se encontraba fuera en el momento de empezar á caer la nieve en polvo. Su familia lo notó al momento, y los marineros de un buque del Estado fondeado en la rada le buscaron con peligro de su vida. Anduvieron toda la noche sin encontrarle, y al día siguiente por la mañana le vieron junto á una roca, con la cabeza apoyada en una mano, y sepultado en la nieve hasta el cuello. Parecía haberse dormido, y estaba muerto.

Por todas estas razones, y sobre todo por la de no ser el invierno á propósito para la pesca, la población permanente de San Pedro es muy escasa, componiéndose solo de funcionarios públicos y de algunos centenares de marineros nacidos en la isla que se hallan en ella establecidos con sus familias. Aquellos hombres son casi todos oriundos de normandos y de vascos. Pero como las familias se han enlazado unas con otras, su sangre mezclada ha constituido casi un tipo misto. Todos son pescadores, muy pobres en su mayor parte, que se limitan á explotar las costas de la isla, en que cogen abadejos y arenques.

Como la isla no produce mas que algunas escasas legumbres en miserables huertas cultivadas con mucho trabajo, todos los recursos alimenticios son importados por los buques. La harina procede generalmente de los Estados Unidos, el ganado vacuno de la Nueva Escocia, el lanar del interior de Terranova, que suministra tambien las maderas de construcción para las casas y almacenes.

San Pedro no tendría importancia alguna si no poseyese mas que su población, en cierto modo indígena. Afortunadamente á últimos de invierno, el aspecto de la rada y la ensenada varía de repente, deja de caer la nieve en polvo, las casas en que se hallaban los habitantes como herméticamente cerrados, se abren todas; las posadas, que son muy numerosas, enarbolan todas en sus ventanas, lo mismo el *Leon de oro* que el mas insignificante ventorrillo, los seductores cabos de botellas de todas las formas, y muchos buques, que vienen de alta mar, desembarcan en el arrabal una población nueva que llega de todos los puertos de Francia, desde Bayona hasta Dunkerque, y que aumenta algunas veces la cifra de los habitantes de la isla en diez, doce y hasta quince mil almas. Aquella población, mirada bajo cierto punto de vista es una población distinguida á su manera, muy orgullosa y pagada de sí misma, que se considera como una raza preferente en la creación, y tiene razón hasta cierto punto. Aquellos miles de hombres, en una palabra, son los pescadores de los bancos, que se proveen de víveres para sí mismos y de cebo para los peces que quieren coger, ó bien que,

en el curso de la campaña, quieren almacenar ó vender los que han cogido. De aquellas gentes á un pobre pescador indígena, hay inmensa diferencia.

El traje de aquellos marineros consumados llega á los últimos límites posibles del desorden pintoresco. Botas que suben hasta la mitad del muslo, calzas de lienzo ó de lana, anchas como las de Juan Bart en las muestras de los que trafican con tabaco; camisolas azules y blancas ó rojas, ó rojas y blancas, blusas ó elásticas de punto de media que han perdido su color en el supuesto de que lo hayan tenido alguna vez, inmensas corbatas, ó por mejor decir, piezas de género acumuladas, enroscadas, anudadas alrededor del cuello, enormes sombreros caídos á la espalda, ó bien gorros de lana azul hundidos hasta las orejas, y saliendo por en medio de tantos harapos manos como palas, caras atezadas, negras, de un color que no es el de los hombres, cubiertas por la desordenada vegetación de una barba que no ha visto la navaja en quince días: hé aquí el aspecto honrado, respetado, admirado del pescador de los bancos. Y para que la descripción sea completa le falta un rasgo importante. Tomad el hombre tal como lo hemos presentado, y revolcadlo por espacio de dos horas largas con todo su equipo por encima de la grasa de todos los peces posibles, y nada faltará entonces á la semejanza ó parecido del retrato. Porque es menester figurarse al pescador de los bancos embadurnado de aceite, sin cuya circunstancia no es el verdadero pescador.

Tal como lo hemos presentado, baja de su goleta no bien ha fondeado, y se brinda con franqueza, pero sin menoscabo del justo sentimiento de lo que vale á la afectuosísima acogida y á la admiración del habitante. Tiene el presentimiento de la gloria que le espera en aquel teatro que hace meses le está reclamando. Con las manos en los bolsillos y la pipa en la boca recuerda á Adán en el Paraíso terrestre, teniendo de nuestro primer padre la inocencia y la satisfacción de hallarse en el mundo, en el cual, sin inmodestia, se considera como una maravilla, y repito con razón, pues no hay marino alguno, desde el almirante al grumete, que no opine de él lo mismo.

II.

El cebo.—La pesca del abadejo.—Pescadores de diferentes naciones.

Un buque salido de Francia se provee en San Pedro del cebo que necesita para las cuerdas. Este cebo es fresco ó salado, y entre las gentes del oficio no se ha decidido aun si puede el uno reemplazar al otro en todas las épocas ó circunstancias. Se ha observado sin embargo que cuando el abadejo es consultado ofreciéndole simultáneamente las dos seducciones, prefiere la carne fresca.

Esta carne fresca está suministrada por el capelán (1), especie de pececillo que en la primavera baja de los mares del Norte, perseguido por los abadejos, los cuales á su vez sirven de pasto á mayores especies. Los capelanes, dominados por el terror que les causan sus innumerables enemigos, se dispersan por todos los mares próximos á Terranova, en ejércitos tan numerosos, que algunas veces el oleaje los arroja y acumula en la playa.

La principal pesca del capelán se hace en la costa inglesa de Terranova, cuyos habitantes, citados en San Pedro, reparten su botín entre nuestros pescadores.

Provistas las goletas de cebo, zarpan de San Pedro, toman la dirección del Nordeste y navegan hácia los bancos.

Cuando el capitán ha escogido el sitio que le parece mas á propósito, se pone á la capa en aquel mar profundo, tempestuoso, lluvioso, brumoso, para pasar en él muchas semanas sin moverse. Tiende sus cuerdas á lo largo de la costa, y las deja flotantes. De ellas cuelgan otras verticalmente, á manera de hijuelas, que en su extremo libre tienen el anzuelo tapado con el cebo. A cada instante se sacan las cuerdas, se desclavan los peces que se han cogido, y se las ceba y echa de nuevo (2).

Entre tanto, los abadejos que se han cogido quedan inmediatamente sometidos á una primera preparación. Se les descama, se les abre, se les destripa, se les divide en dos, se les amontona y se les sala.

Este trabajo combinado es incesante, y dura tanto como la pesca, día y noche, sin cesar. Día y noche, por malo que sea el tiempo, permanece el marino en la cubierta, casi siempre calado de agua hasta los huesos, cubierto de aceite y de sangre, respirando un olor infecto, cercado de repugnantes despojos, y en movimiento continuo.

Como la principal cuestión es llevarse la mayor cantidad posible de pesca, se cuida muy solícitamente el puesto que ha de ocupar en el buque, y

(1) Tambien el arenque sirve para cebo.

(2) Hé aquí de qué modo en una colección especial se rectifica este párrafo de la relación:

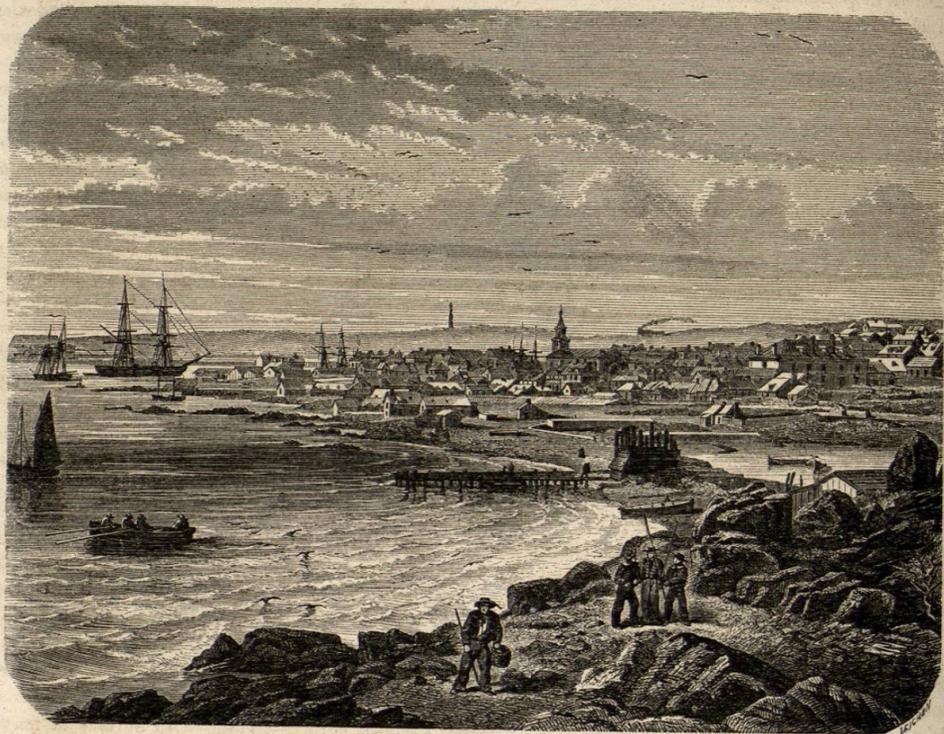
« Cuando el capitán ha escogido el sitio para pescar, en lugar de ponerse al paio, fondea, permitiéndoselo la poca profundidad relativa del mar, de cuarenta á sesenta brazas, pues los buques aviados para la pesca están todos provistos de cables de cáñamo sin los cuales les sería imposible anclar á tan grandes profundidades.

» Entonces la tripulación echa los aparejos, que consisten en cuerdas muy delgadas y de una longitud considerable, las cuales, en lugar de quedarse flotantes, arrastran por el fondo donde se hallan sujetas por garlios en sus dos estremidades. Se hallan atadas á estas cuerdas otras mas delgadas que se llaman hijuelas que distan como cosa de un metro y tienen unos 50 centímetros de largo.» (*Revue du Monde colonial*, 1861, página 79.)

por lo mismo no se tienen mas víveres que los estrictamente necesarios, y para que se necesiten menos, la tripulación se resigna á no comer casi nada mas que algunos peces que nunca faltan en aquellas aguas. Para compensar tanta fatiga, no hay mas que una comida de anacoreta con muy pocos licres espirituosos. Y puede suceder, y sucede casi constantemente, que sea insuficiente la pesca despues de

tantas fatigas. Entonces lanchas tripuladas por dos ó tres hombres se van todos los días á echar nudos á 3 ó 4 millas de distancia.

A las cuatro de la mañana los marineros se meten en sus cáscaras de nuez, se sientan en sus bancos, y quitándose con una mano la gorra y remando con la otra, rezan en alta voz una oración, se ponen de nuevo sus gorras y se van hácia sus cuerdas.



San Juan, capital de la colonia inglesa de Terra Nova.—De fotografía.

Pero el tiempo es malo, la niebla es opaca, el mar se pone súbitamente furioso. Una corriente que se ha apoderado de la embarcación la arroja fuera de su derrotero; pasan días y mas días, y no se tiene de ella noticia alguna, ni se tendrá jamás. Hé aquí lo que puede costar un plato de bacalao.

Pero hé aquí tambien por qué entre todos los marineros goza de tan alta consideración el pescador de los bancos. Él es el que ha visto mas á menudo todas las dificultades del oficio; él que ha experimentado las mas rudas fatigas; él que ha tenido que mostrar, para disputar su vida al abismo, mayor sangre fría y destreza, mayor firmeza y sagacidad; él que sabe mejor lo que vale un cable y lo que promete el

viento que sopla. En fin, es en toda la expresión de la palabra, un marino, y se le puede hacer un honor mas difícilmente merecido aun en nuestros días: es un hombre.

Seguramente, existen hoy día pocas criaturas que arrastren una existencia semejante. Se puede pues preguntar qué motivos tan poderosos hacen á estas gentes aceptarla. ¿Es el amor al lucro? Veamos.

Los pescadores son enganchados en los puertos de Francia por cuenta de ciertas casas, que dedicadas á ese género de comercio, poseen los buques. Dan á cada hombre un salario, encargándose de venderles los vestidos, los víveres y todo lo que puedan necesitar durante la expedición. Si es muy económico y muy



Pesca del bacalao en el gran banco de Terra Nova.